

DOCUMENTO DEL GRUPO DE SEILLAC

**POR UNA POLITICA EUROPEA
DE LA SOCIEDAD Y DEL ESPACIO
RURAL, DE LA INVESTIGACION,
DE LA PRODUCCION
Y DE LAS INDUSTRIAS
AGRARIAS**

El presente documento ha sido redactado, bajo la dirección de Edgard Pisani, por las siguientes personas, que hacen suyo el contenido del mismo:

CHRISTIAN BLANC - PIERRE CALAME
ANDRE CAZALS - PHILIPPE CHALMIN
MICHEL DEBATISSE - ALAIN DELAUNOY
GEORGES GAROT - BRUNO GUICHARD
BERTRAND HERVIEU - PHILIPPE LACOMBE
BERNARD LAGUERRE - GUY LE FUR
LOUIS MALASSIS - PIERRE MONGIN
HERVE MORIZE - GUY PAILLOTIN
JEAN PINCHON - EDGARD PISANI
JEAN PISANI-FERRY - MICHEL TEYSSÉDOU

Se reunieron por iniciativa y con el apoyo de la *Fundación para el Progreso del Hombre* y de la revista *L'Événement européen*.

En el mes de diciembre de 1992, unos veinte franceses, de todas las formaciones y todas las tendencias celebraron en Seillac (Loir-et Cher) unas jornadas de tres días de duración. En un momento en que la economía industrial y la sociedad urbana, inseguras de sí mismas, se interrogan sobre el espacio rural, cuyo deterioro parece ya inquietante, esas veinte personas intentaron plantear cuestiones que, mucho más allá del desconcierto del mundo agrario, se plantean

en las sociedades modernas y en los países en desarrollo debido a los cambios en curso.

Ese intercambio de puntos de vista permitió llegar inmediatamente a varias certezas comunes:

- 1) La sociedad global y la agricultura sufren sendas crisis cuyas diferencias no pueden ocultar su similitud. Se trata de crisis que darán lugar sin duda a nuevas relaciones entre la sociedad y su agricultura, a una nueva visión de las relaciones entre la producción agraria y la vida del espacio rural, entre la modernidad y lo vivo.
 - 2) Considerando que el problema agrario es tan sólo uno de los aspectos de la crisis que sufre el mundo a finales del segundo milenio, sería inútil y peligroso que el único en plantear ese problema fuera el mundo agrario. Se trata de un problema condenado a no encontrar solución si no se aborda desde un enfoque coherente que tenga en cuenta el mundo entero en su complejidad creciente, en su unidad y su diversidad.
 - 3) El agricultor de las sociedades modernas no es un individuo aparte y aislado. Es un individuo diferente, pero que ahora está en contacto con el resto de la sociedad, con el resto del mundo. Tiene su mirada puesta en una y en otro, y no puede prescindir de ellos.
 - 4) La producción agraria debe considerarse en el marco del problema global que plantea la evolución de las relaciones del hombre con la naturaleza, con los seres vivos y, en cierta forma, también consigo mismo: están en juego el medio ambiente, la ordenación del territorio, el equilibrio de las sociedades rurales y el equilibrio del mundo. Únicamente una voluntad política que conceda importancia a unas necesidades, que el mercado por sí solo no puede tener en cuenta, está en condiciones de considerar esos aspectos.
 - 5) Al margen de la mayor o menor riqueza del debate, las conclusiones a las que pueden llegar veinte franceses de buena voluntad están maniatadas por una historia y una cultura comunes. Pero pueden servir de punto de partida para una reflexión que se vaya ampliando cada vez más. Una reflexión
-

ampliada a la Unión Europea, al continente europeo, a los países con amplios espacios que dominan hoy el mercado, así como a los países con espacios reducidos que se sienten preocupados por su seguridad alimentaria y por conservar sus paisajes; y también, y sobre todo, a los países del Tercer Mundo, impulsados, por el crecimiento demográfico y por la lenta evolución de los sistemas productivos, a la dependencia y, al mismo tiempo al hambre, a la urbanización y a la emigración. Este debate tendrá sentido si sirve para esbozar las perspectivas de una evolución hacia un mundo que tienda globalmente hacia una distribución equilibrada de los recursos, de las cargas y de las oportunidades.

- 6) Planteado en estos términos —¿cómo podría plantearse de otra forma?—, el problema de las relaciones entre la sociedad, el espacio vivo y la producción agraria es uno de los elementos centrales de la reflexión sobre el futuro de la especie.
- 7) Hasta ahora, la acción de los agentes económicos, la lucha de las organizaciones profesionales, el esfuerzo de análisis de los investigadores o los efectos de las políticas han sido principalmente defensivos; han estado dominados por la preocupación del corto plazo y por el peso de lo sectorial o de lo nacional. No tienen realmente en cuenta ni la globalidad ni el largo plazo. Sin embargo, el problema se plantea en todo el planeta y a largo plazo, y desde ese punto de vista debe abordarse; de lo contrario, la crisis actual no hará más que empeorar.
- 8) Es necesario verificar estos análisis. Debe realizarse un esfuerzo para que se adopten y para que sean apoyados por toda la sociedad, por el mundo rural y por los agricultores, ya que las orientaciones que sugieren exigen profundas y difíciles transformaciones en todas partes.

Los autores del presente «Llamamiento a una nueva reflexión» ofrecen su texto para un debate, lo más amplio posible, en el que deberían participar todas las categorías sociales de todos los países. Lo que está en juego (en distintos grados y en formas diferentes) es la definición del futuro de una especie humana que pronto contará con diez mil millones de seres; que es tan capaz de deteriorar su

medio ambiente como de utilizar sus técnicas y su organización para alimentar suficientemente a todos; una especie humana que se halla inmersa en una evolución que puede crear los desequilibrios más graves, y al mismo tiempo las dinámicas más prometedoras. Si el hilo conductor propuesto en el debate ha sido el análisis del mundo agrario, es porque éste representa el indicador más significativo de la relación que debe existir entre la economía, por una parte, y la vida, el tiempo, el territorio y los seres humanos, por otra, entre el mercado y la sociedad.

POLITICAS AGRARIAS Y MERCADOS

1. Nunca ha habido política agraria común, sino únicamente un conjunto de normas y mecanismos sobre el sistema productivo aislado de su contexto, dirigido hacia la autosuficiencia, incapaz de evolucionar una vez alcanzada ésta. Unos mecanismos cuyo efecto ha sido, contrariamente a lo establecido en el Tratado de Roma mismo, favorecer las explotaciones, los productos y las regiones mejor dotados: la garantía ha ido más allá de los límites que se le habían fijado, la orientación nunca ha sido una de las preocupaciones de las autoridades responsables. Todo ha ocurrido como si, escapando de la voluntad de quienes la diseñaron, la política común se hubiera transformado progresivamente en un instrumento de preparación de la agricultura europea para el proceso de mundialización de los intercambios. En ese sentido, ha tenido éxito, ya que ha permitido a la Comunidad conquistar cuotas de mercado que nunca había tenido. Pero también la ha expuesto a las críticas de quienes consideran que la libertad de los intercambios lleva consigo la desaparición de toda intervención pública. Al ampararse en el mercado, la política agraria común no tiene argumentos frente a los que invocan éste.
 2. Ahora bien, una política económica, con independencia del ámbito al que se aplique, no puede tener el único objetivo de velar –además sin grandes ilusiones– por la estricta observancia de las reglas del mercado, que se ha convertido en la ley
-

suprema de la especie humana y de la comunidad internacional. Su objetivo, en nombre de intereses superiores y de valores fundamentales, es precisar los límites y las condiciones de aplicación de las reglas de la economía de mercado, que por otra parte ya nadie cuestiona. Entre estos intereses superiores y estos valores, cabe citar algunos: un cierto grado de seguridad alimentaria (caso de Japón o de Suiza), el desarrollo de agriculturas demasiado frágiles para hacer frente en lo sucesivo a la competencia internacional (caso de los países en desarrollo), la salvaguardia de cierto grado de equilibrio socioeconómico e interregional (caso de la Comunidad Europea), o el mantenimiento del equilibrio general de los mercados mundiales. Es necesario además que los responsables políticos articulen esos objetivos y consigan lo necesario para que sean tenidos en cuenta en las negociaciones sobre la organización mundial de los intercambios. En desacuerdo con unos y otros, los países de la Comunidad Económica Europea nunca han conseguido negociar nada más que contingentes; y ha llegado el momento de negociar políticas. Tanto en este ámbito como en otros, descubren que el mundo no podrá oírlos mientras no se pongan de acuerdo en lo esencial.

3. Se ha planteado el problema de saber si la orientación que Estados Unidos da hoy a las negociaciones del GATT –orientación que ha sido posible por la debilidad de los países con los que mantiene relaciones comerciales, sobre todo de la Comunidad Europea– es compatible con la consecución de los objetivos fundamentales de dicho organismo. Es decir: el reparto de los mercados mundiales al que asistimos hoy, ¿es un marco pertinente para garantizar al mismo tiempo las necesidades alimentarias de una población en expansión, el mantenimiento de los equilibrios naturales, el desarrollo de las agriculturas –hoy vacilantes– y la ordenación de territorios ocupados en su mayor parte por la agricultura? Si no fuera así, se requeriría una nueva negociación. Es inadmisibles que el desvío de las reglas del comercio internacional, en provecho de uno solo, destruya los equilibrios naturales o sociológicos y que sean los Gobiernos los que deban corregir estos efectos
-

destructores. El respeto del mercado y la búsqueda de equilibrios deben ser el punto de partida de la acción de los Gobiernos y de la actitud de la Comunidad internacional, del comportamiento de los múltiples actores.

LA AGRICULTURA, EL MUNDO Y LA SOCIEDAD

1. El incremento de la población mundial, la necesidad de garantizar a todos los seres humanos su supervivencia, la propensión del modelo actual a derrochar los recursos naturales (en particular la energía y el agua), la tendencia de los países desarrollados a consumir más espacio para asegurar las funciones de organización y de servicio, los efectos destructores de determinadas prácticas y determinadas técnicas que deterioran la cubierta vegetal, modifican los climas y atentan contra la biosfera; todos estos elementos juntos, y sin duda también otros necesitados de un estudio más profundo, suscitan la duda sobre la capacidad futura del planeta –abrumado por las preguntas– frente a las necesidades y a las amenazas. Pero, al mismo tiempo, los recursos aún por explotar, los espacios vírgenes, el océano apenas conocido o mal explorado, la ciencia constantemente capaz de innovar, la posibilidad de conjugar mejor los recursos y las necesidades permiten esperar que, a través de la crisis de adaptación, sin duda el mundo acabe por resolver sus problemas. Antes esos dos escenarios, ambos posibles e inciertos, el mundo de hoy debe gestionar el futuro como un buen padre de familia. Su posible optimismo no le permite ser imprudente. Aunque sin adoptar una actitud temerosa, debe ser ahorrador al gestionar un patrimonio del que sólo tiene el usufructo. Si hay que apostar, hay que hacerlo por la medida, ya que nadie puede garantizar que el planeta sea capaz de asegurar a diez o doce mil millones de seres humanos el modo de vida que el occidental se ha permitido definir como la condición de la felicidad mínima garantizada. Para asegurar a todos los seres humanos el derecho a la vida y a la dignidad, hay que tratar al mismo tiempo de moderar la
-

expansión demográfica, gestionar la herencia común con prudencia y cuestionar el modelo derrochador de consumo que prevalece en las regiones privilegiadas del mundo. La opinión pública lo aceptará, siempre que se le dé información ; el progreso no es ya para el hombre más que una promesa sin límite y sin fin; todos lo percibimos como algo ambivalente, todos estamos dispuestos a la sobriedad si ésta aporta la seguridad y es ejercida de forma solidaria.

2. Planteado en términos tan generales, el problema no explica, evidentemente, las innumerables situaciones que existen en el mundo, y aún menos las evoluciones que se perfilan o se anuncian. Pero el hecho de que la colectividad tenga en cuenta esos valores en el marco de un auténtico nuevo orden internacional facilitaría las opciones políticas y permitiría a la comunidad internacional ahorrarse los riesgos y los desórdenes que la amenazan. El mercado y la tecnociencia son dinámicas incontenibles; ahora bien, es necesario canalizar sus flujos. El libre juego de estos flujos tiende a incrementar las desigualdades y a hacer que la mayor parte pague las ventajas que tienen los más favorecidos. Su control debe tener por objetivo y por resultado una distribución equitativa de los frutos del crecimiento, pero sobre todo un respeto fundamental a los equilibrios y a los recursos que son patrimonio común. A tal fin, debe afirmarse el principio de que la seguridad alimentaria no puede ser considerada un concepto global (ya que, en conjunto, el mundo produce bastante para alimentar a todos los seres humanos) sino un objetivo nacional o regional, ya que cada país o cada continente tiene el derecho y el deber de asegurarse el principio de que el planeta no puede dividirse en superficies agrícolas útiles, por una parte, y tierras abandonadas, por otra, sino ser considerado como un amplio espacio donde todas las parcelas son útiles, ya sean factores de producción o de equilibrio.
 3. Desde hace siglos, la Humanidad busca un sistema que permita aumentar y distribuir mejor sus recursos, a fin de que haya suficiente para todos. Ese objetivo no se ha alcanzado (se sigue muriendo de hambre y de frío en Estados Unidos y en Europa, el hambre y la enfermedad atacan a otros continentes), y están sur-
-

giendo dos nuevas inquietudes: ¿será el planeta capaz de regenerar, año tras año e indefinidamente, los recursos que el hombre obtiene de él? En un mundo globalmente capaz de satisfacer sus necesidades fundamentales, ¿no conviene distribuir aparte de los bienes, también el derecho a producirlos? Habría que distribuir las riquezas y reconocer a todos, ya sean individuos, Estados o continentes, la capacidad de cumplir, respetando a los demás, lo que tienen que cumplir, por vocación o por disposición. No hay que velar necesariamente por que todos sean tan ricos como los demás, sino por que nadie sea privado injustamente de los medios necesarios para vivir y desarrollarse: distribución también de la capacidad de producir productos alimentarios. Un sistema en el que algunos tengan el derecho de producir en exceso, impidiendo de esa forma producir a los demás, es un sistema abocado a la ruptura.

4. Inseguridad alimentaria, tensiones políticas y también empeoramiento de los desequilibrios demográficos. Por citar un ejemplo: al ritmo actual, y si no se tiene cuidado, en los próximos cincuenta años el continente africano deberá acoger en sus ciudades a quinientos millones de hombres y mujeres; y sabemos ya los problemas de salud, de educación, de empleo, de alojamiento, de instalaciones urbanas, de múltiples y peligrosas tensiones que plantearán y nadie será capaz de resolver. La concentración de las poblaciones en lugares reducidos plantea a todos los países del mundo graves problemas, y todos ellos saben perfectamente que el mapa de los continentes no puede estar formado por amplios espacios desiertos rodeados de zonas con una alta densidad de población, ya que en seguida la vida resultaría difícil en unos y otras. La ordenación de los territorios es, además de la protección del medio ambiente una de las tareas que el mundo debe buscar con nuevos instrumentos y nuevas modalidades. No pueden dejarse a merced de los tropismos del sistema productivo y del mercado. Presentan dimensiones sociopolíticas.
 5. Lo que es cierto en las sociedades del Sur, también lo es en las del Norte, en particular en las de Europa. Aquí, y en todas partes, la reestructuración del territorio realizada sin un plan ni una concepción, según vaya evolucionando el modo de producción
-

agrario, tendrá un coste cada vez más elevado en términos de pérdidas de empleo, de desigualdades de población, de concentración excesiva y de desertificación, elementos que generan todos ellos dificultades económicas y sociales. Pero a esto hay que añadir, sin duda más que en otros lugares, un sentimiento de vértigo ante lo que parece una transformación tan profunda que pone en peligro la identidad de los hombres y del territorio: hace dos mil años que los europeos comenzaron a humanizar el espacio en el que viven y a construir un paisaje que es para ellos infinitamente más de lo que el paisaje de las llanuras o del Medio Oeste representa para un americano. Ese paisaje ha cambiado, ha sufrido evoluciones importantes en los últimos siglos, pero no se ha transformado radicalmente. Pues bien, esto es lo que está en juego hoy; y la reivindicación de apego al suelo, al territorio y a los paisajes que hoy manifiestan los agricultores se está convirtiendo en la reivindicación de toda la sociedad europea.

6. Una última consideración general: el tiempo. El tiempo nos acosa, nos obsesiona, nos fabrica una nueva cultura, casi nos prohíbe entrar en el futuro. Entre «el orden eterno de los campos», que ha prevalecido durante algunas generaciones, y el discurso que pretende dirigir el mundo a un ritmo vertiginoso, estamos a la búsqueda —ojalá podamos estarlo realmente— de un arbitraje vivo entre lo que pasa y lo que permanece. Jamás reconstituiremos en ninguna parte la selva primaria que convertiría los trópicos en los pulmones del planeta. No volverá a haber un Colbert para plantar robles que sean talados tres siglos después de haber desaparecido él. Corremos detrás de las especies de rotación rápida que siguen el ritmo de la loca rotación de los capitales, pero que no contribuyen a lento desarrollo del humus. Fabricamos carne roja en catorce meses y pollo de carne en seis semanas, aun a riesgo de prescindir de sus cualidades nutritivas u organolépticas. Y el campesino intenta —y en muchas ocasiones, con ayuda de los técnicos, lo consigue— desafiar el ritmo de las estaciones y los cambios de talante del clima, pero ¡a qué precio! Hacemos, pues, progresivamente que la producción alimentaria eluda las leyes de la Naturaleza para someterla a la de los laboratorios, o sea a la
-

del mercado. Se trata de una operación sin duda rentable, puesto que hay capitales para invertir en ello, aunque nadie sabe qué efectos ni qué costes tendrá esa práctica a largo plazo. Y sin embargo esto debería ser un motivo de preocupación. Si hay un ámbito en el que los pronósticos son necesarios, no cabe duda de que es el que hoy nos ocupa: pronosticar (a veces con riesgo a equivocarnos) para tomar la decisión sobre un juego dialéctico entre el presente conocido y el futuro supuesto, aceptado, deseado; entre el presente turbulento y un futuro que no acepta un fin.

¿CUAL ES EL FUTURO DE LOS ESPACIOS RURALES?

1. Se nos dice que los progresos técnicos permitirían a unas decenas de millares de explotaciones de alta productividad –su número exacto es discutido por los expertos– alimentar a los franceses y contribuir al equilibrio de nuestras cuentas exteriores. Ya se están creando esas explotaciones, cada una de las cuales representa una inversión considerable, una rigurosa organización, un alto grado de tecnología, y se preparan para hacer frente a la competencia internacional. Al lado de ellas, o en otras regiones, existirán «granjas» especializadas, con o sin suelo, y unidades de supervivencia. En total, y en términos muy aproximados, el territorio francés se dividiría en cuatro partes desiguales: una dedicada a la producción agraria; otra, al bosque; la tercera, a las ciudades y a las instalaciones; la cuarta, tal vez la más pequeña, estaría en expectativa de destino, lejos de todo, abandonada por todos, y en primer lugar por los jóvenes y las mujeres, que no podrían –y claramente no querrían– vivir en ella. El proceso está en marcha y las decisiones adoptadas en el marco de la política agraria común o bajo la presión del GATT, lejos de detenerlo, tenderán más bien a acelerarlo. Por tanto se destruirá cierto equilibrio. Ha llegado el momento de evaluar las consecuencias de esos cambios, y también los medios y el coste de la creación de una organización que asocie la función económica del apa-
-

rato de producción y las múltiples funciones de un territorio considerado al mismo tiempo patrimonio vivo, recurso, marco vital y regulador sociológico.

2. Hay que insistir en ello: sin proyecto ni voluntad, la evolución de los mercados internacionales y nuestra apertura a los intercambios llevarán inevitablemente a la constitución de unidades productivas fuertes, que competirán entre sí antes que con sus socios exteriores. Si lo único que les preocupa son los resultados cuantitativos y la reducción de sus costes, no cuidarán el medio ambiente, se mecanizarán en lugar de contratar gente y, al menos en lo que respecta a los productos alimentarios básicos, se convertirán en fábricas agrícolas ajenas a su medio, indiferentes ante su medio ambiente, capaces tan sólo de ocupar y de explotar al máximo una parte limitada de nuestro territorio. Junto a esas fábricas, habrá unas explotaciones especializadas, más preocupadas por la originalidad y la calidad que por la cantidad. Estas últimas tendrán cada vez más importancia, porque sus productos responden a las necesidades de las sociedades modernas. Por último, durante algún tiempo se mantendrán las unidades familiares de subsistencia, que sólo participarán de forma marginal en el abastecimiento del mercado. Si a los espacios ocupados de esa forma añadimos el bosque, las ciudades y las infraestructuras, aún quedarán –concentradas en unos lugares, desperdigadas en otros– zonas sin cultivar que se abandonarán progresivamente. Habrá una desconexión entre el «mundo agrario útil» y la ocupación de las zonas ordenadas del espacio nacional. Los agricultores productivos se resignan y se preparan para ello, el resto del mundo agrario estará marginado, y el mundo rural perderá su equilibrio.
 3. Por consiguiente, para un país como Francia, para un continente como Europa, y sin duda más adelante también para otros continentes, para todos los continentes, se plantea la siguiente cuestión decisiva: *si se concede preferencia –hasta el punto de convertirla en exclusiva– a la función productiva de la agricultura, si lo único que se considera significativo es el rendimiento cuantitativo, ¿no corremos el riesgo de destruir paisajes, de desordenar los territorios, de crear desequilibrios que pronto*
-

serán perniciosos? Se plantean entonces otras cinco cuestiones fundamentales, ligadas a la primera:

- 1) ¿Tiene la colectividad nacional –que, además de su seguridad alimentaria y de su capacidad exportadora, se preocupa por otros valores y otros equilibrios– un proyecto en nombre del cual pueda «negociar» con las fuerzas del mercado, ya sean internas, europeas o internacionales? ¿Tiene, además del enfoque estrictamente comercial y de las subvenciones compensatorias improvisadas sobre la marcha, la voluntad política de llevar esa negociación de tal forma que se acepte que esos valores y esos equilibrios son intereses fundamentales?
 - 2) ¿Puede la sociedad ser consciente de lo que está en juego, y puede hacer suya una política que englobe los intereses inmediatos y los trascienda? ¿Puede definir, entre sus objetivos centrales, la auténtica satisfacción de las necesidades alimentarias de todas las personas que la componen? ¿Puede definir una política alimentaria que se articule con su política agraria y contribuya a definirla? Al mismo tiempo, ¿puede afirmar su voluntad de disponer de un territorio que esté vivo de forma duradera, aunque para ello deba pagarse un precio? ¿Descubrirá el político el sentido de la duración?
 - 3) ¿Puede –y quiere– el mundo agrario cuestionar y replantearse sus organizaciones, sus estructuras, sus formas de pensar, para seguir esa lógica? ¿Tendrá el valor de querer el cambio, o sufrirá otro cambio entre la indignación y la impotencia?
 - 4) ¿Puede proponerse ese enfoque global –y en qué condiciones y cómo– a los agricultores, a las sociedades, a los gobiernos europeos y a las instituciones comunitarias, de tal forma que por fin sea adoptada, para evolucionar con el tiempo, una auténtica política europea de la agricultura, del mundo rural, de la ordenación del territorio y del medio ambiente? ¿Accederá la Unión Europea a considerar que su responsabilidad no es sólo comercial, sino que también comparte con Estados miembros la responsabilidad de un territorio y de una civilización? Por último, ¿dejarán las
-

instituciones de derrochar sus recursos para resolver crisis coyunturales o para comercializar excedentes estructurales –que, por otra parte, se fomentan– y decidirán, volviendo a la esencia del Tratado en que se basan, restablecer un justo equilibrio entre garantía y orientación?

- 5) Tratándose de problemas tan importantes, ¿puede confiarse su solución tan sólo a las instituciones públicas o a las organizaciones profesionales? ¿No debe la sociedad civil abrir el debate para que los responsables saquen las conclusiones oportunas, cada uno de ellos en el ámbito de su competencia? Ese camino, y ningún otro, es el que permitirá que todos nos sintamos afectados por el futuro de un planeta que será la morada de los hijos de nuestros hijos y que todos contribuyamos a realizar los esfuerzos necesarios.

¿QUÉ PUEDE HACERSE?

1. Para resumir es preciso:
 - a) Hallar los mecanismos mentales y los procedimientos políticos que permitan incluir el largo plazo como uno de los elementos de cualquier decisión.
 - b) Conceder a la investigación y a la prospectiva el lugar y la dimensión que nunca han tenido. No se trata sólo de prever las evoluciones aportadas por la trilogía ciencia-técnica-economía, sino de prever las evoluciones sociales y humanas y suavizar los eventuales conflictos entre progresos del conocimiento y progresos del hombre. El progreso no se percibe ya como en el siglo de las Luces: encierra en sí mismo tantas amenazas como promesas.
 - c) Considerar el descontento de los agricultores no sólo como la expresión de una irritación frente a una crisis coyuntural o frente a las exigencias de una transformación estructural, sino como la expresión del desamparo de hombres y de mujeres, jóvenes y ancianos, que están desquiciados por el riesgo de que su oficio llegue a ser insignificante y por el
-

riesgo de que desaparezca una sociedad caracterizada por la solidaridad, por el sentido de la continuidad, por la relación con la Naturaleza.

- d) Reanudar las negociaciones sobre el comercio internacional considerando, aparte del objetivo de desarrollo de los intercambios, los objetivos de seguridad alimentaria nacional o regional, el incremento de la capacidad productiva de los países en desarrollo y el mantenimiento del papel fundamental de la agricultura en los equilibrios internos sociológicos, económicos y ecológicos de todos los países considerados. Rechazar una distribución de los mercados que sólo beneficie a las potencias exportadoras. Llegar hasta el final de este cuestionamiento, preparando desde ahora la reducción progresiva, pero inevitable, de la capacidad exportadora de la Comunidad. Si ni el Sur ni el Este son capaces hoy de satisfacer sus necesidades agrarias, hay que proporcionarles los medios de supervivencia, fomentando al mismo tiempo el desarrollo de sus capacidades productivas.
 - e) Comenzar de nuevo con las medidas de la política agraria común para que esta asuma, de conformidad con el Tratado de Roma, no sólo su función productiva, sino también su función social, territorial, cultural. Para ello, replantearse el sistema de ayuda privilegiada al producto, porque incita a la superproducción e incrementa las desigualdades. No aceptar –porque no es bueno– que exista al mismo tiempo un sistema de garantía y un sistema de ayuda directa. Debe adoptarse un nuevo sistema de intervención que tenga en cuenta la naturaleza de los productos, la región de producción; un sistema que sea inversamente proporcional a la dimensión de las explotaciones y tenga en cuenta las funciones no productivas de éstas; un sistema riguroso en sus normas y flexible en su modo de aplicación, que diga claramente qué opciones elige la sociedad para su futuro.
 - f) Precisar –considerando la subsidiariedad como la asignación pertinente de las competencias dentro de un sistema definido– las responsabilidades que ahora tiene la Comunidad y las que son ejercidas por los Estados o por las colec-
-

tividades territoriales. Considerar que esta asignación de las responsabilidades no excluye en modo alguno el deber que la Comunidad tiene de definir normas, de controlar su aplicación, de evaluar sus resultados y de prestar ayuda financiera, si es necesario, para su aplicación. Reformar el sistema de gestión administrativa del territorio y reflexionar, en Francia, sobre la pertinencia de un sistema que superpone a 36.000 municipios, 100 departamentos, 22 regiones, el Estado en sus administraciones y la Comunidad Europea, puesto que ahora interviene de mil formas.

- g) Otorgar a los problemas humanos, en particular a los de la formación y la información, la importancia que merecen. Preparar a los hijos de agricultores para el oficio de agricultor, pero no encerrarlos en él. Abrir el oficio de agricultor a personas que tengan otros orígenes. Conceder la misma importancia a los distintos ámbitos: formación agronómica, formación económica y de gestión, preparación para asumir responsabilidades colectivas. Hacer lo necesario para que la enseñanza agraria no esté tan replegada sobre sí misma como lo está actualmente. Prestar especial atención a las dificultades que plantea en la zona rural la animación de una vida social, sobre todo porque, a diferencia de otros oficios, el agricultor trabaja en muchas ocasiones solo, y es frecuente que la familia agraria esté aislada. Utilizar la radio y la televisión para que los agricultores y su familia estén en contacto con el mundo, que cambia, y con los mercados, que fluctúan.
 - h) Incluir la organización de la vida rural en una política general de ordenación del territorio. Fomentar la descentralización de las actividades, pero primero dar más valor a las actividades agrarias no productoras de alimentos sino de servicios de interés general que desde ahora es preciso retribuir. Para ello, lograr que la mentalidad de la profesión agraria evoluciones haciendo que tome conciencia de que toda actividad es respetable y al mismo tiempo genera renta. Fomentar la pluriactividad y, para ello, suprimir no sólo los obstáculos psicológicos, sino también los que tienen su origen en un sistema social y fiscal disuasorio.
-

- i) Revisar, con posibilidad de replantearlo, todo el sistema administrativo y financiero, a fin de que con el tiempo sea más democrático, más auténticamente responsable porque se enfrenta a los problemas. Asegurarse de que se utilicen de la mejor forma posible las transferencias financieras, que adoptan cien formas diferentes y que son una ocasión de despilfarro y de desigualdades (la utilización razonada y concertada de esas transferencias permitiría cambiar el paisaje agrario y rural de Francia).
 - j) Aceptar que existan en el territorio espacios con una densidad de población muy baja, pero no abandonarlos. Tratarlos, mantenerlos, organizarlos de forma que se conviertan en auténticas reservas de vida, en un tejido intersticial útil para el equilibrio general. Y, para ello, aplicar una política forestal e hidráulica razonada y dinámica.
 - k) No aislar un aspecto determinado de las medidas previstas, sino, al contrario, presentarlas como un conjunto coherente e inteligible, como un proyecto y un pacto que asuma el presente inmediato y el futuro lejano, diciendo a cada uno lo que hay que esperar, pero también lo que debe aportar, fijando los objetivos y las reglas del juego.
2. Sigue habiendo un problema fundamental: ¿es posible todo esto? ¿No son infranqueables los obstáculos políticos, sociales y psicológicos? Una empresa semajante exige que se cuestionen tantas costumbres, autoridades, notoriedades, que se corre el riesgo de que exista unanimidad contra ellas. Sin duda. Pero es preciso ver cómo, jirón a jirón, todo nuestro paisaje se está deshaciendo sin que se esboce ningún proyecto, ninguna visión nueva. Creer que los hombres y las mujeres no se dan cuenta de que todo «se va» es considerarlos infantiles. No se comprende nada de la crisis agrícola si no se entiende que, en gran medida, es una crisis de valores y del sentido. Tras un amplio debate, una auténtica información, definan los políticos unos objetivos, un camino, unos calendarios, unas compensaciones, unos medios: se sorprenderán de comprobar cómo cada uno de los que, por desconocer su destino, se oponen hoy al cambio se convierte en el actor consciente de una
-

transformación al mismo tiempo justificada, diseñada y acompañada. Ni los alcaldes, ni los consejeros generales, ni los dirigentes profesionales –les conocemos– obstaculizarían una evolución en la que hubieran participado tras un debate público y de la que serían los actores. Ahora bien, una vez reconocida la necesidad de ese cambio, es preciso reinventar, pero a otra escala, un *Fondo de intervención para la transformación de la agricultura y del espacio rural*, capaz de diseñar el futuro, y no sólo ya de conseguir –de forma desigual– que se acepte el declive.

3. Los autores del presente llamamiento desean, a través de él, provocar una toma de conciencia y animar a la reflexión. Son conscientes de que es preciso completar las observaciones y propuestas formuladas aquí y profundizar en ellas, de que es necesario un esfuerzo de autocrítica; de que los análisis y orientaciones aquí esbozados deben compararse con los de otros europeos. Por eso han decidido:
 - proponer este texto a la *reflexión* y al debate de todos los que sientan preocupación por estos temas.
 - someter este texto a una *reunión europea* que pueda aportar la riqueza y la dimensión debidas, y establecer el orden del día de una conferencia europea que pueda esbozar un nuevo pacto.
 - promover una *conferencia europea* para la elaboración de una política europea de la producción agraria y de la ordenación del territorio y para la definición de los principios que deben presidir las negociaciones comerciales agrarias internacionales. Los autores desean que, como ocurrió en Mesina hace más de treinta años, la Comisión tome la iniciativa de esta reflexión profunda. De no ser así, ellos intentarán organizarla por otras vías porque, en su opinión, no será posible construir el futuro sin que los hombres como tales hagan frente a los productores y a los comerciantes y sin que los responsables de las instituciones logren la adhesión de la sociedad civil.
-